

Conéctate



CAMBIA TU MUNDO CAMBIANDO TU VIDA

TRAVESÍA HACIA LA VIDA

MÁS ALLÁ DEL HORIZONTE
COMIENZA NUESTRA
VERDADERA EXISTENCIA

UN PEQUEÑO EMISARIO DEL CIELO

LA VISITA QUE LO
CAMBIÓ TODO

LOS RENCORES ENVENENAN

CÓMO EVITAR QUE
NOS VICTIMICEN

Disponemos de una amplia gama de libros, casetes, compactos y videos que alimentarán tu espíritu, te infundirán ánimo, ayudarán a tu familia y proporcionarán a tus hijos amenas experiencias educativas. Escribe a una de las direcciones que se indican a continuación o visítanos en: <http://es.auroraproduction.com>

Conéctate
Apartado 11
Monterrey, N.L.
México, 64000
conectate@conectate.org
(52-8) 311-0550

Conéctate
Casilla de correo 14.982
Correo 21
Santiago
Chile
conectatechile@mi-mail.cl

Conéctate
Apartado Aéreo 85178
Santafé de Bogotá
Colombia
conectate@andinet.com

Conéctate
Casilla 2005
Lima 100
Perú
RAYOSdeSOL@terra.com.pe

Activated Ministries
P.O. Box 462805
Escondido, CA 92046-2805
USA
activatedUSA@activated.org
(1-877) 862-3228 (número gratuito)

EN INTERNET
www.conectate.org

DIRECTOR
Gabriel Sarmiento

DISEÑO
Giselle LeFavre

ILUSTRACIONES
Kristen Dufrane

PRODUCCIÓN
Francisco López

Número 19
© 2001, Aurora Production AG, Suiza.
Es propiedad. Impreso en Tailandia.

A menos que se indique otra cosa, todas las frases textuales de las Escrituras que aparecen en *Conéctate* provienen de la versión Reina-Valera de la Biblia, © Sociedades Bíblicas Unidas, 1960.

a nuestros amigos

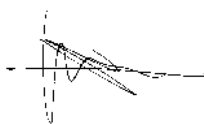


El poeta Carl Sandburg (1878-1967) escribió: «Por medio de un bebé, Dios opina que la vida debe continuar». El recién nacido es una afirmación de vida, amor y esperanza. Es también motivo de gran celebración, pues constituye el arribo de un alma nueva desde la esfera celestial. ¿Y qué le aguarda al recién llegado? Es de esperar que lo mejor de lo mejor: amor, salud, felicidad, éxito y las tantas bondades que ofrece la vida.

¿Qué ocurre, sin embargo, cuando el bebé no es todo lo que esperábamos ni todo lo que invocamos en nuestras plegarias? ¿O si resulta ser anormal? O supongamos que por algún designio desconocido esa criatura no esté con nosotros mucho tiempo para estrecharla y amarla. ¿Qué haríamos entonces? ¿Significa eso que Dios ha cambiado de parecer, que está todo perdido, que la vida no debería continuar? Un giro así —inesperado, inoportuno— puede resultar desolador a menos que conozcamos al Señor y tengamos confianza explícita en esta sencilla verdad: Él lo ha hecho todo bien (Marcos 7:37).

En la vida de cada persona Dios permite que acaezcan cosas buenas y cosas malas. «Vuestro Padre que está en los Cielos, [...] hace salir Su sol sobre malos y buenos, y [...] llover sobre justos e injustos», dijo Jesús en Mateo 5:45. Lo que marca la diferencia es la forma en que enfrentamos acontecimientos que podrían ser demoledores: la muerte de un ser querido, una enfermedad que pone en riesgo nuestra vida, las desgracias económicas, la traición, el hecho de haber sido víctima de abusos o maltratos. Si a ti o a alguien que amas le ocurriera una de estas cosas, ¿te endurecerías o te enternecerías a causa de ello?

En el presente número de *Conéctate* una pareja nos narra la experiencia desgarradora que vivió. Pese a ello, los dos se allanaron a que el Señor, valiéndose de ese trance, los hiciera más profundos, les mejorara su vida y los capacitara de tal modo que pudieran prestar mayor servicio a otros seres necesitados.



Gabriel Sarmiento
En nombre de *Conéctate*



un pequeño emisario del cielo

*Marianne y Jerry
Paladino*

La siguiente es la historia de nuestro hijo Gabriel, que nació con síndrome de Down y fue sin lugar a dudas uno de esos pequeños emisarios del Cielo. Aunque no vivió más que dos años y cuatro meses en la Tierra, el Señor se valió de él para conmover muchos corazones e impartirnos valiosas enseñanzas acerca del amor, la fe, las convicciones, la perseverancia, la compasión, la humildad, la valentía, la oración y la enorme verdad contenida en Romanos 8:28: «Sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien».

Cuando los médicos nos informaron que Gabriel tenía síndrome de Down nos costó mucho aceptarlo. Sin embargo, al orientarnos más sobre el tema, descubrimos lo especiales que son los niños mongólicos. Y claro, una vez que fuimos conociendo más profundamente a Gabriel y gozando de su espíritu angelical, lo veíamos menos como un niño retardado, sospechando en cambio que éramos como aquellas personas que, al decir de la Biblia, «sin saberlo, hospedaron

ángeles» (Hebreos 13:2).

Desde su nacimiento, Gabriel tuvo varios impedimentos físicos. Obviamente su cuerpecito no fue concebido para durar mucho tiempo. Funcionaba mediante la gracia de Dios y grandes dosis de oración ferviente y alabanza. Cada día era un milagro, un regalo. Compilamos una lista de versículos de la Biblia para invocarlos por la salud y la fortaleza del nene, y nos referíamos a ella con frecuencia. La promesa que más reclamábamos era «Él da vigor al cansado y multiplica las fuerzas al que no tiene ningunas» (Isaías 40:29). El Señor sin duda cumplió esa promesa en Gabrielito.

Cuando tenía seis meses de edad, contrajo una tos muy grave. Al acudir afanosamente al Señor por la salud de nuestro hijo, Él nos indicó que se proponía enseñarnos perseverancia. Escudriñamos la Biblia para averiguar concretamente a qué se refería y nos infundió mucho aliento descubrir que dicha virtud había contribuido a forjar a muchos hombres y mujeres de fe, convirtiéndolos en las

personas que Dios quería que fueran. No podíamos limitarnos a orar una sola vez y darlo por hecho. Teníamos que bregar en oración y no dejar de acudir al Señor de todo corazón. Cuando nos dimos cuenta de ello y comenzamos a hacer lo que Dios nos pedía, Él hizo la parte que le correspondía: sanó a Gabriel de aquella tos que ponía en peligro su vida.

Con cada crisis, el Señor nos enseñaba algo nuevo sobre la curación y la oración ferviente. Normalmente lo hacía ayudándonos a aplicar algo que habíamos leído en Su Palabra. Nos hallábamos en una etapa completamente nueva de nuestra vida, llena de lecciones que no podríamos haber aprendido de ninguna otra forma. Muchas veces deseábamos ser nosotros los que sufrieran en lugar de nuestro hijo, pero con el tiempo nos dimos cuenta de que —como de costumbre— Dios sabía lo que hacía, pues la verdad es que luchamos espiritualmente por Gabriel con mayor ahínco del que habríamos tenido si hubiéramos estado luchando por nosotros mismos. En muchas ocasiones tuvimos que emplear la Palabra para no dejarnos vencer por la impresión de que aquella batalla era demasiado encarnizada o que nos habíamos acarreado aquella situación a causa de errores y pecados cometidos, y que por lo tanto nos merecíamos ese castigo. En todo momento el Señor nos

consoló y nos concedió las fuerzas que necesitábamos.

Para nosotros Gabriel fue un pequeño emisario del Cielo. Lo que más dicha le proporcionaba eran los libros, sobre todo las biblias ilustradas. Los dibujos de Jesús siempre lo hacían sonreír. También le encantaba que le entonáramos canciones acerca de Jesús, las cuales representaba con sencillos gestos y ademanes. Tenía un espíritu hermoso y puro, como el de una mariposa que aguarda en su capullo a ser liberada.

Aunque desde el comienzo el Señor nos fue preparando el corazón para el día en que llamara a Gabriel al Cielo, nos apegamos mucho a él. Tal vez fue porque se trataba de un niño diferente, o quizá porque desde el principio éramos conscientes de que lo teníamos «como un préstamo del Cielo», con un carácter más temporal aún que nuestros demás hijos.

Un día, estando Gabriel particularmente debilitado a causa de la varicela, empezó a dar señales de que iba a sufrir convulsiones. Así las cosas, lo llevamos al hospital para someterlo a un examen. Durante el chequeo médico de rigor, Gabriel perdió el conocimiento. Mientras los doctores procuraban despertarlo, sacamos nuestro himnario. Al abrirlo dimos



con la canción *Con la alborada*. Interpretamos que aquella era una señal divina de que Gabriel partiría al Cielo. Nunca recuperé el conocimiento.

Si bien nos embargó una tremenda sensación de pérdida, el Señor nos consoló como solo Él es capaz de hacerlo. ¿Qué más podíamos pedir que la certeza de que Gabriel estaba sano y feliz, y que su sufrimiento había concluido?

La partida de Gabrielito hizo que el Cielo se volviera mucho más real para nosotros. Naturalmente, ya creíamos en el Cielo y aguardábamos con ansias explorar algún día toda su belleza y misterios. Pero desde que Gabriel está instalado allá, cada vez lo consideramos más nuestro Hogar y nos desapegamos más de las cosas de esta vida. Nunca volvimos a ser los mismos después que nuestro niño especial nos visitó desde el Cielo. Gabriel en realidad nunca fue nuestro. Más bien fue un emisario que vino para cumplir una misión en nosotros: la de fundir nuestros corazones y enseñarnos los verdaderos valores de la vida.

•
Durante las exequias del niño, alguien tuvo una visión de una mari-



posa que salía de su capullo. Se podría decir que en vida Gabrielito fue una pequeña oruga, aunque ni siquiera aprendió a gatear y a desplazarse como lo hacen las orugas. Ahora, en cambio, se ha tornado una bella mariposa que levantó vuelo hacia la libertad. Una semana después, Jerry compuso una canción basada en aquella visión: *Mi tesoro*.

MI TESORO

Jerry Paladino

Recuerdo aún los días
en que el sol brilló
sobre aquel tesoro
que en la Tierra tuve yo.
Siempre sonreía
cual ángel en disfraz;
mas hoy siento nostalgia:
mi tesoro ya no está.

Estoy feliz, porque tú estás feliz:
te has ido al Cielo junto a Dios.
Ya pasó el sufrimiento,
tu carrera terminó:
¡mi bella mariposa ya voló!

Doy gracias a los Cielos
por concederme a mí
vivir junto a aquel ángel
de quien tanto yo aprendí.
Y ahora que se ha ido,
por siempre estará
conmigo hasta encontrarnos
en aquel bello lugar.

Sé que mi tesoro
bien cuidado está.
Para mí hoy el Cielo
es una realidad.
Y lo que me retiene
aquí, en este lugar,
no son sino aquellos
que hoy debo rescatar.

Estoy feliz, porque tú estás feliz:
te has ido al Cielo junto a Dios.
Ya pasó el sufrimiento,
tu carrera terminó:
¡mi bella mariposa ya voló! □

Rumbo a Casa

Más allá...

Me parece que hay poco, tan poco trecho entre éste y el extraño país del más allá. Sin embargo, no es tan extraño a mi pecho desde que la gente que quiero fijó allí su Hogar.

La muerte para mí ha quedado exenta de su aguijón, la tumba de su amarga victoria. No es más que cruzar, con mirada resuelta, esa pequeña franja de mar ilusoria, y hallar a los míos esperando en la playa más bellos que cuando en el mundo moraban.

Ellen Wheeler Wilcox

Me encuentro en la playa. Un navío despliega sus blancas velas en el fresco de la mañana y zarpa. Lo observo hasta que se pierde en el horizonte. En ese momento alguien dice: «Desapareció». Pero ¿qué significa eso? Yo dejé de verlo, pero no por ello dejó de existir. En el momento en que alguien lo pierde de vista, otros comienzan a verlo llegar y otras voces exclaman jubilosas: «¡Ya viene!» Así es la muerte.

Henry Scott Holland

¿Existe un país donde no haya pecado, delincuencia, desórdenes, derramamientos de sangre, enfermedades, muerte, dolor y angustia? En el Cielo no se da ninguno de esos males que aquejan a las naciones. En el país de Dios no existen fronteras, ni murallas, ni barreras divisorias. No hay discriminación racial. No hay soldados, por cuanto no se libran guerras; no hay policía, por cuanto no se cometen delitos ni pecados; no hay funerarias, por cuanto no se entierra a nadie; no hay médicos, por cuanto no se conocen fiebres, enfermedades ni epidemias; no hay ladrones, por cuanto no hay oscuridad. ¿Quién no va a aspirar a una patria tan sublime y tan ideal en la que no existen separaciones conyugales, hogares deshechos, alcoholismo, cárceles, hospitales, mendicidad, ceguera, sordera, mudez ni pobreza? ¡Qué país! ¿Quién no va a anhelar el Cielo?

H. Lockyer (adaptación)

Con harta frecuencia la gente me pregunta si creo que en el Cielo nos reconoceremos unos a otros. En muchísimos casos se trata de madres que han perdido a un hijo y desean verlo de nuevo. Otras veces el interesado es un hijo que ha perdido a su padre o a su madre. En todo caso, desean reconocer a ese ser querido en el Cielo. La respuesta a esa pregunta está en un versículo que dice: «Estaremos satisfechos» (Salmo 17:15). Me basta con saber eso. Veremos a todas las personas que amamos en este mundo. Y si las amamos en la Tierra, cuando las veamos allá las amaremos diez mil veces más.

Dwight L. Moody

Fe

+ Lucha

= Victoria

Hay veces en que nuestra fe es probada hasta el límite para determinar su autenticidad. Hay que estar dispuesto a confiar en el Señor pase lo que pase, cualesquiera que sean las consecuencias. El caso de Job es muy ilustrativo, pues pese a haber perdido todo, no dejó de confiar en el Señor. Al final salió airoso y Dios le devolvió con creces lo perdido. El suyo es uno de los testimonios más contundentes que ofrece la Biblia. Armado de fe, Job se sobrepuso al sufrimiento, al fracaso y al desaliento. Esa es la mayor de las victorias: estar visiblemente vencido y, sin embargo, seguir confiando en el Señor. Para Dios eso debe de ser lo más admirable y grato. «Esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe» (1 Juan 5:4).

A veces la vida es una lucha. Exige fe, valor y mucha garra. Lo que nos ocurre a muchos es que nos rendimos cuando las cosas se ponen difíciles. Algunos desmayan (Hebreos 12:3), se rinden mental y espiritualmente.

Sin embargo, Dios nos habla de «la necesidad de orar siempre y no desmayar» (Lucas 18:1). «No nos cansemos, pues, de hacer bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos» (Gálatas 6:9).

La voluntad es poderosa. «El ánimo del hombre soportará su enfermedad» (Proverbios 18:14). En muchas ocasiones la fe y la voluntad ardientes vencen impedimentos que se presumen insuperables. Por eso, no te rindas tan pronto, no dejes que te rescaten prematuramente, no abandones justo antes de la victoria. Cosas maravillosas pueden pasar en ese lapso de tiempo en que decides no rendirte, sino seguir creyendo y orando.

A Dios le gusta verte salir airoso de todas las pruebas y dificultades. Goza viéndote correr, ganar la carrera, soportar la aflicción y luchar alcanzar hasta la victoria.

David Brandt Berg

Lecturas enriquecedoras

Perseverancia

Perseverar es mantenerse constante en la prosecución de lo comenzado; manifestar paciencia y firmeza aun en la adversidad.

El Señor en muchos casos pone a prueba nuestra fe y perseverancia.

Ezequiel 22:14

2 Timoteo 2:3

2 Timoteo 4:5

Hebreos 12:7

A quienes soportan la prueba de su fe les aguardan recompensas.

Mateo 10:22

Hebreos 10:35–36

Santiago 1:12

Ejemplos de perseverancia tomados del cuadro de honor de Dios:

Abraham: Hebreos 6:15

Moisés: Hebreos 11:27

Los profetas: Santiago 5:10–11

Jesús: Hebreos 12:1–3

Pablo: 2 Timoteo 3:11; 2:10

Oración para hoy

Te agradezco, Jesús, no solamente los momentos felices que me concedes, sino también las tribulaciones y los pesares. Gracias por las situaciones difíciles que me hacen acudir a Ti. Bien valen la pena, pues siempre estás presto a atenderme, a consolarme y a sacarme adelante. Siempre puedo aferrarme a Ti sabiendo que, pase lo que pase, Tú me sostendrás. ¿Qué más puedo pedir?

El redactor y columnista Arthur Brisbane (1864–1936) dibujó en una ocasión un grupo de acongojadas orugas que trasladaban un capullo vacío a su última morada. Vestidas de luto, las orugas lloraban pesarasas, mientras una bella mariposa revoloteaba alegremente, libre para siempre de su cáscara terrena.



Huelga decir que Brisbane se propuso representar el típico entierro y hacer ver que cuando fallece un ser querido es absurdo lamentarse por el capullo y fijar la atención en los restos mortales, olvidando la flamante mariposa.



Si tienes fe en Dios, no tienes que apenarte cuando un ser querido pasa a mejor vida, «como los otros que no tienen esperanza» (1 Tesalonicenses 4:13). Naturalmente, despedirse de alguien que uno quiere conlleva cierta nota de tristeza, pero si tanto nosotros como esa persona amamos a Jesús, sabemos que nos volveremos a ver. Y aunque echemos de menos a esos seres queridos de quienes nos separamos, podemos alegrarnos por ellos sabiendo que finalmente se han liberado de todas las penas y contrariedades que soportaban en su cuerpo terrenal, y que han pasado a una vida mucho mejor.

Al presente, nuestros cuerpos mortales y los trastornos de nuestra existencia física nos agobian; pero una vez que dejemos atrás esta vida y pasemos a la esfera del espíritu, nos despojaremos de esos pesos. Nos habremos graduado de la vida en la Tierra y entraremos

Travesía hacia la Vida

Compilado a partir de los escritos de David Brandt Berg

a la dimensión celestial del espíritu (1 Corintios 15:53–54; 2 Corintios 4:18; 5:1–4).

La mayoría de la gente procura no pensar en la muerte. Aunque sabe que tarde o temprano le llegará la hora, simplemente hace caso omiso de ello y no se prepara. Quizá todo se ve de maravilla cuando se goza de juventud y de buena salud y la muerte se ve lejana; mas cuando uno se enfrenta a la muerte cara a cara —sin conocer al Señor y Su plan de Salvación—, sea a causa de un accidente, de alguna enfermedad o de la vejez, la experiencia puede ser aterrizante, comparable quizás a lanzarse al vacío.

La Biblia alude a quienes viven esclavos del temor a la muerte (Hebreos 2:14-15). La turbación que invade a muchas personas de cara a la muerte proviene de no estar preparadas para ello. En cambio, para quienes han aceptado la salvación que ofrece Jesús, es otra la situación. Esas personas saben a dónde se dirigen —al Hogar celestial—, y con Jesús como guía, no tienen nada que temer ni de qué preocuparse.

La muerte para los hijos de Dios nacidos de nuevo no es pérdida, pues «el morir es ganancia» (2 Corintios 5:8). ¡Sus aflicciones han terminado! Puede que sufran un poco de dolor momentáneo, pero luego quedan libres.

Para quienes conocemos y amamos a Jesús, la muerte será una grata liberación, un paso a un mundo y una vida enteramente nuevos. Los cuerpos avejentados que hoy en día arrastramos nos resultan onerosos. Se fatigan, sufren dolores y se enferman. No obstante, al momento de morir nos liberaremos instantáneamente de los grilletes de la carne para ingresar en el mundo sin confines del espíritu. Por eso el apóstol Pablo hizo alarde de estas palabras ante la muerte: «¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?» (1 Corintios 15:55). Jesús le sustrajo el aguijón a la muerte. Pasamos por la muerte, pero

sin sufrir el aguijón. Pasamos por el sepulcro, pero salimos airoso de él. La muerte constituye nuestra llegada a casa, nuestra liberación; representa el día de nuestra coronación.

El final del camino será apenas el inicio. Nos reencontraremos con nuestros seres queridos, hallaremos a nuestros amores perdidos y nos reuniremos con todos ellos en una eternidad de amor, alegría y felicidad celestiales con el Dios del amor.

¡Qué gran día será aquel en que nos unamos a Jesús en Su reino celestial para vivir con Él para siempre (2 Timoteo 2:12; Apocalipsis 22:5)! La alegría que sentiremos no tendrá parangón. Veremos glorias inimaginables y sabremos que todo lo vivido aquí habrá valido la pena.

«El que oye Mi Palabra, y cree al que me envié, tiene vida eterna; y [...] ha pasado de muerte a vida» (Juan 5:24). «Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en Mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en Mí, no morirá eternamente.» (Juan 11:25-26.) «No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en Mí. En la casa de Mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, Yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a Mí mismo, para que donde Yo estoy, vosotros también estéis.» (Juan 14:1–3.)

Viene muy a propósito la letra de un antiguo himno:

Al despuntar el alba nos despediremos de los tormentos del presente.
Diremos adiós a todo pesar terrenal.
En el mañana de Dios no habrá ya muerte.
Al rayar el alba, las sombras huirán.

¡Las pruebas de la vida se verán tan pequeñas,
y tan livianas las cargas que hoy nos parecen pesadas!
Cual sueño fugaz, la más profunda pena caerá por siempre en el olvido esa mañana. □

Tender la mano a otros... desde la cama de un hospital!

Sandra Bellaviti, Tanzania

Ya desde antes de servir al Señor en calidad de misionera enteramente consagrada, deseaba trabajar en un hospital, a fin de ayudar a los necesitados, tanto en lo físico como en lo espiritual y emocional. Más recientemente, había pedido al Señor que me ayudara a servirle de esa manera. Se podrán imaginar cómo me sorprendió la forma en que contestó mi oración. ¡Contraí un grave desorden gastrointestinal que me obligó a estar internada durante 24 días en un hospital!

No tardé mucho en darme cuenta de la necesidad y el sufrimiento de los que me rodeaban. Pedí al Señor que me ayudara a alentarlos, y me puse manos a la obra. Me valí de los afiches de La Familia para dar vida a las paredes del cuarto que compartía con otras cuatro mujeres, y levantarles de paso la moral. También me tomé tiempo para conocer a las otras personas de mi piso del hospital y hablar con ellas.

La cama a mi lado fue asignada a una chica de veinticinco años llamada Daniela. Cuando la vi entrar al cuarto por primera vez, me pareció que tenía la belleza y el porte de una modelo o actriz. A pesar de la desenvoltura con que aparentemente se desenvolvía, se notaba que tenía miedo. Una vez que se

hubo instalado, me presenté.

Le dije que había rezado para que la persona que estuviera a mi lado fuese alguien muy especial para Jesús. Cuando oyó estas palabras, se puso a llorar y me dijo que ya no creía que Dios la amara.

Me explicó que era actriz y cantante, y que se había desempeñado tanto en anuncios para la televisión y videos musicales como en obras teatrales y de ópera. Entonces recordé haberla oído cantar en un cassette y que había sentido mucha compasión de ella en aquel momento. Su canción parecía brotar de un corazón que anhelaba amor verdadero, el amor de Dios.

—Mi mundo se me derrumbó —me contó— cuando estaba en el apogeo del éxito. Mi prometido y yo nos conocíamos desde la infancia y estábamos muy enamorados. Hasta que un día murió en un accidente de motocicleta, y perdí la fe en un Dios de amor.

Durante dos horas me relató su vida en detalle. Me contó cosas que ni a sus mejores amigas les había confidenciado. Tras la muerte de su novio se cortó su largo cabello, dejó de ver a sus amistades y no volvió a cantar ni actuar. Se encerró sola en su cuarto a llorar por espacio de seis meses. Cuando al fin trató de salir de la pro-

Triunfa sobre los apuros

El Señor mueve los hilos y urde cada situación. Él tiene un propósito bueno en todo, aun los apuros y contrariedades en que nos vemos metidos. «Sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien» (Romanos 8:28). Así pues, la próxima vez que te encuentres en una situación que no te parezca muy favorable, estúdiala bien. Puede que Él te haya puesto allí porque quiere valerse de ti para manifestar Su amor y Su favor a alguien. Ocúpate de ayudar a esa persona, y el Señor hará que lo que tú consideras desfavorable redunde en beneficio de ella. Y de paso, obtendrás una bendición.

David Brandt Berg

funda depresión en que se encontraba, no halló fuerzas para hacerlo. Entonces le descubrieron tumores en uno de los senos, y se sumió en el más hondo abatimiento.

Al término de la primera conversación que tuvimos, Daniela pidió a Jesús que entrara en su corazón y la ayudara a sobreponerse a la angustia que la había agobiado desde que perdió a su novio.

Al otro día, conversando con las otras mujeres del cuarto, les transmitió que el Señor moraba en su corazón y le había quitado el resentimiento y la depresión. También les dijo que yo era misionera y que tenía una bella oración que podía hacer con ellas. A instancias de ella, las otras también rezaron para recibir la salvación que ofrece Jesús.

Cuando su madre fue a visitarla, Daniela le contó que había pedido a Jesús que entrara en su corazón, y la madre lloró de alegría.

Daniela bromeó diciendo:

—Vine al hospital para operarme del pecho, pero lo que más falta me hacía era operarme del corazón.

Durante los próximos días aproveché todas las oportunidades que tuve para alentar a Daniela y a las demás y afianzar su fe. Hablamos mucho sobre el Señor y leímos la Biblia y las publicaciones de la Familia. En poco tiempo, nuestro pabellón empezó a cobrar fama como *la sala de la alegría*.

Daniela oró para que yo pudiera acompañarla el día de su operación, y el Señor escuchó sus oraciones. También pude estar con otras diez personas inmediatamente antes que las operaran. A todas les di lecturas para animarlas y fortalecer su fe. Asimismo, oré con ellas y con sus familiares. Frecuentemente, el ambiente era tenso en el pabellón de urgencias quirúrgicas, pero esto representaba una oportunidad única para dar testimonio a la gente y orar con ella justo cuando más necesitaba a Jesús.

El Señor conmovió también a algunos médicos, enfermeras y ayudantes. Poco antes que me dieran de alta, le agradecí a una de las enfermeras que tuviera un corazón tan tierno y mostrara tanta preocupación por el prójimo. Al cabo de 24 días, yo sabía que ella era una persona singular.

Haciendo un esfuerzo por contener las lágrimas, me dijo que había pedido a Jesús que se sirviera de ella para manifestar Su amor.

—¡Qué hermoso que lo notaras!
—expresó.

A Daniela también la han dado de alta, y me llama con frecuencia. Sigo procurando infundirles ánimo a ella y a otras amigas del hospital en la nueva vida que hallaron con el Señor y Su amor. □

Respuestas a tus interrogantes

P.: Hace unos meses sufrí una pérdida que me hizo desear la muerte. A ratos todavía me siento así. Sé que no está bien, pero a veces no puedo evitar sentirme disgustado con Dios por dejar que me ocurriera eso. Mis amigos tampoco lo entienden. Al principio se compadecían de mí, pero después empezaron a decirme que tenía que seguir adelante. Últimamente me rehúyen. Nunca me había sentido tan solo ni tan abandonado. ¿Qué puedo hacer?

Por lo que cuentas, ¡has sufrido un duro golpe! Experiencias desgarradoras como la que tú has vivido no son fáciles de superar, sobre todo cuando las afrontas en solitario o acudes solamente a otros seres humanos en busca de consuelo y apoyo. En circunstancias así, es importante recordar que Jesús entiende lo que sentimos y que la solidaridad y el apoyo que nos manifiesta son insuperables: nos transmiten esperanza, soluciones y una buena dosis de Su amor, que todo lo puede. Lamentablemente, cuando situaciones de ese tipo se prolongan por mucho tiempo, a veces la actitud que asumimos frente a ellas impiden que el Señor nos demuestre todo el amor que quisiera. En la mayoría de los casos, el resentimiento es la principal causa.

La Biblia advierte: «Mirad bien; no sea que [...] brotando alguna raíz de amargura, os estorbe, y por ella muchos sean contaminados» (Hebreos 12:15). Si bien el resentimiento constituye un defecto espiritual grave, el Señor tiene una solución que es a la vez sencilla y segura: «Invócame en el día de la angustia, [y] te libraré» (Salmo 50:15).

Los rencores envenenan

El resentimiento se parece mucho a una enredadera apodada *matador*. Partiendo de la base de un árbol, va trepando lentamente hacia la copa. Lo atroz es que a medida que crece, va matando el árbol, y cuando por fin alcanza la copa del mismo, se corona con una flor. El resentimiento puede parecer inofensivo cuando es casi imperceptible; pero si se permite que crezca, pronto sus zarcillos de rencor, maldad y odio asfixian el corazón y el alma.

La forma más eficaz de impedir que crezcan malas hierbas en nuestro jardín es no dejar que arraiguen allí; la mejor manera de evitar que el resentimiento se apodere de nuestra vida es no dar cabida en nuestra mente y corazón a pensamientos rencorosos y censuradores.

Pero ¿qué hacemos si ya albergamos esos pensamientos? ¿Y si llevan tanto tiempo allí que ya han echado raíz? El mejor remedio que tienes es acudir a Jesús, el Maestro Jardínero, para que te ayude a desmalezar tu jardín de esas hierbas perniciosas. No podrás hacerlo por tu cuenta; tampoco Él podrá hacerlo sin tu colaboración y ayuda. Ambos deben trabajar juntos para erradicar esas malas yerbas.

Antes que nada, es importante reconocer que el enfoque que has dado al asunto ha sido equivocado. Al mismo tiempo debes desear de todo corazón liberarte de ese negativismo. El orgullo, el fariseísmo, la costumbre de criticar, el resentimiento y el revanchismo son todos pecados que no solo conducen al rencor, sino que tienden a perpetuarlo. «El que encubre sus pecados no prosperará; mas el que los confiesa y se aparta alcanzará misericordia» (Proverbios 28:13). Cualesquiera que hayan sido las circunstancias que te llevaron a resentirte, tendrás que estar dispuesto a admitir que en realidad el origen del conflicto

está en ti. Luego tendrás que despojarte de esos rencores que abrigas contra el Señor o los demás.

Para ello, primero tienes que perdonar. A fin de obtener misericordia debes ser misericordioso tú mismo; debes dejar de echar en cara a los demás sus faltas y errores (Mateo 6:14-15). Si eso te parece humanamente imposible, tienes razón. Será preciso que le pidas a Jesús que te transmita Su amor en tal medida que puedas perdonar a quienes han obrado en tu perjuicio. «El amor cubrirá multitud de pecados» (1 Pedro 4:8). Cumple con estos preceptos y obtendrás la misericordia del Señor.

¿Y luego qué? ¿Cómo haces para impedir que la maleza vuelva a invadir tu jardín? Pues siembras flores y las cuidas con diligencia. Esfuérzate por pensar cosas positivas y amorosas de los demás. Lee y asimila la Palabra de Dios, reflexiona en ella y aplícala a tu realidad cotidiana y a tus relaciones con los demás. Su Palabra volverá a enderezar tu vida y evitará que te vuelvas a descarriar. Comienza por Romanos 8:28: «Sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a Su propósito son llamados». Pide a Dios que te indique Su buen propósito en cada situación, incluidas aquellas que te llevaron a resentirte, y Él lo hará. ¡Que tengas éxito en el cuidado de tu jardín! □

el señalador

Jasmine St. Clair

Estoy sentada mirando el costado de la pantalla de mi ordenador, donde coloqué uno de los señaladores más bonitos que haya tenido. Presenta un dibujo de una madre con su hijo en brazos, y debajo hay una frase de Charles Dickens, que dice: «No es ninguna insignificancia que nos amen quienes hace tan poco estaban con Dios». Cuando leí esa frase, me emocioné profundamente. Decidí emplear ese señalador para mi próxima lectura. Por desgracia, se me olvidó guardarlo en un lugar seguro. Quedó sobre mi escritorio, a mitad de camino de la grandeza, justo al alcance y a la vista de una personita muy simpática —mi hija de tres años—, que al descubrirlo, le echó mano!

Este señalador es uno de esos que tienen, en la parte superior, un corte en forma de u, para engancharlo en la página y evitar que se caiga. Cuando pillé a mi hija, ya le había dado un tironcito al señalador y lo había roto.

Yo, claro está, sabía que la niña no tenía intenciones de romperlo: lo agarró por pura curiosidad. Sin embargo, me alteré un poco dado el valor sentimental que había adquirido para mí aquel señalador. Le arrebaté los trozos de la mano y los puse a un lado.

Más tarde, cuando la nena estaba ya acostada, tomé los dos trozos y volví a leer aquella frase. De pronto, reviví toda la experiencia bajo un nuevo prisma. ¿Tenía que ser perfecto aquel señalador para conservar su profundo significado? Podía pegarlo con cinta adhesiva y quedaría como nuevo. Hasta era posible que quedara mejor que antes, pues presentaría una nueva característica: la huella de esas manitas que tanto quiero. El señalador tiene ahora doble valor para mí, aun con cinta adhesiva y todo. □



Esforcémonos por ver las cosas como deberían ser; y siendo que vivimos en un mundo imperfecto, gloriémonos sin mayores exigencias en esa imperfección. Que cada uno de los ladrillos con que edificamos nuestra jornada descansen sobre otro, hasta dar forma a una vida rica y plena, no basada en la lúcida belleza de la perfección, sino en la riqueza del amor.

J.S.C

Jamás olvidaré a un hombre que conocí un domingo por la tarde en que fuimos a visitar a los pacientes de uno de los hospitales de la ciudad. Me encontraba recorriendo una de los pabellones, ofreciendo palabras de ánimo y afiches con textos del Evangelio a unos 20 hombres. De golpe lo vi al fondo del salón. Era el único blanco de todo el recinto y uno de los pocos de todo aquel hospital. El resentimiento se hacía patente en su mirada.

Me armé de valor y traté de iniciar una conversación.

Enseguida entendí por qué estaba tan resentido. Se había criado aquí en la época del apartheid, y al igual que muchos de su generación y extracción social, había abrazado el racismo. Afirmaba que su animosidad hacia los negros estaba más que justificada. Dos días antes, cuando se dirigía a casa al salir del trabajo, lo atacaron dos negros, que lo hirieron con arma blanca en ambos brazos. Poco antes de conocerlo yo, un médico le había informado que el cuchillo con que lo apuñalaron estaba oxidado, y que la gangrena que se le formó era tan grave que tal vez tendrían que amputarle ambos brazos para salvarle la vida.

Únicamente el Espíritu del Señor y el bálsamo sanador de Su amor podían librar a aquel hombre del profundo rencor que albergaba.

Sabiendo que nada de lo que le dijera serviría para aliviar su sufrimiento y angustia, oré por él en silencio y le presté oído mientras se desahogaba conmigo. Muy lentamente, empezó a producirse una transformación en él. ¡El Señor estaba respondiendo a mis oraciones! Una vez que se hubo desahogado del todo, le dije que Jesús podía cambiar ese odio que sentía por amor y paz sobrenaturales y le pregunté si quería rezar conmigo para aceptar a Jesús en su vida.

Después de orar, su mirada endurecida se tornó en una expresión de confianza y aceptación. Jesús le había dado la «paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento» (Filipenses 4:7).

Cuando llegó la hora de irme, él era otro hombre. Jesús había salvado su alma y lo había exonerado del peso de la amargura y el rencor. □

El perdón es la llave que abre las puertas del resentimiento y los grilletes del odio. Es una fuerza capaz de romper las cadenas del rencor y las ataduras del egoísmo.

E. C. McKenzie

paz

EN LUGAR DE RENCOR

*Jane,
Sudáfrica*



Perdonar y olvidar

Me da mucha pena ver el dolor que sientes, pues me compadezco de la angustia, la ira, el pesar, el remordimiento, el rencor y el enojo que albergas por las fallas y errores y hasta por los pecados ajenos. Sé cuánto duele y sé que el hombre por naturaleza busca desquitarse, vengarse; que se resiste a perdonar y relegar esas cosas al olvido. Perdonar y olvidar de verdad es una de las cosas que más cuestan.

Solo Yo te puedo liberar de esas raíces de resentimiento que te aprisionan el corazón. Mi Espíritu es amor. Mi Espíritu es perdón, y estoy a tu disposición, esperando que me des oportunidad de descargarte de ese peso de rencor, enojo y profunda tristeza que llevas contigo a todas partes. Detente, relájate, despójate de él y entrégamelo. Dime simplemente: «Jesús, encárgate Tú de eso. No lo quiero más. No lo aguanto más.» Yo lo haré desaparecer para siempre. Juntos lo enterraremos en Mi amor, de forma que vuelvas a sentir la claridad y luminosidad de Mi amor y la dicha de Mi Espíritu. Te restableceré la salud.